

Estos retroceden ; la artillería barre la plaza ; el incendio devora los cuarteles ; prisioneros en aquel estrecho espacio, millares de hombres perecen bajo las tapias desmoronadas, bajo la metralla y entre las llamas ; — empieza la matanza y no acaba sino con la muerte del último jenizaro. Ciento veinte mil hombres, en la capital solamente, alistados en este cuerpo, son presa del furor del pueblo y del sultan. Las aguas del Bósforo arrastran sus cadáveres al mar de Mármara ; los demas son enviados al Asia Menor, y perecen en el camino ; el imperio respira en libertad. El sultan, mas absoluto que lo fué jamas príncipe alguno, solo tiene esclavos obedientes, puede á su arbitrio regenerar el imperio ; pero ya es tarde : su genio no está á la altura de su valor ; ya ha llegado la hora de la decadencia del imperio otomano, como le llegó la suya al imperio griego : Constantinopla aguarda nuevos fallos del destino. Desde aquí veo la escuadra rusa, como el flotante campamento de Mahometo II, estrechar mas y mas cada dia la ciudad y el puerto ; veo las hogueras de los bivaques de los kalmucos sobre las colinas del Asia. Los Griegos vuelven con el nombre y los arreos de los Rusos, y la Providencia conoce el dia en que un último asalto, dado á las murallas de Constantinopla, que es hoy todo el imperio, cubrirá de

fuego, humo y ruinas esa resplandeciente ciudad que duerme ante mis ojos su último sueño.

El mas hermoso punto de vista de Constantinopla está encima de nuestra habitacion, en lo alto de un belveder construido por M. Truqui sobre la azotea de su casa, que domina el grupo entero de las colinas de Pera, de Gálata y de los collados que rodean el puerto por el lado de las aguas dulces ; — es el vuelo del águila encima de Constantinopla y del mar. La Europa, el Asia, la entrada del Bósforo y el mar de Mármara se ven á un mismo tiempo : la ciudad está debajo. Si no tuviese uno mas que una mirada que echar sobre la tierra, deberia elegir este punto para contemplarla. No puedo comprender, cada vez que subó á este belveder, y subo varias veces al dia y paso en él noches enteras, — no puedo comprender como, de tantos viageros como han visitado á Constantinopla, tan pocos han sentido el encanto que tiene esta escena para mis ojos y para mi alma ; como ninguno la ha descrito. ¿Será porque la palabra no tiene ni espacio, ni horizonte, ni colores, y porque el único lenguaje del ojo es la pintura ? Pero ni aun la misma pintura ha reproducido nada de todo esto : solo ha dado lineas muertas, escenas truncadas, colores sin vida, pero la innumerable gradacion y la variedad de esas tintas segun el estado del cielo y

la hora; pero el armonioso conjunto y la colosal grandeza de esas líneas; pero los movimientos, las fugas, los enlaces de esos diversos horizontes; pero el movimiento de esas velas sobre los tres mares, pero el murmullo de vida de esas poblaciones entre esas orillas, pero esos cañonazos que truenan y suben de los navíos, esos pabellones que se amainan ó se izan en los palos, la muchedumbre de los caiques, la vaporosa reverberacion de los cimborios, de las mezquitas, de las torres, de los minarettes en el mar: — todo eso ¿donde está? — Pero probemos á bosquejarlo.

Las colinas de Galata, de Pera, y otras tres ó cuatro se deslizan desde mil pies hasta el mar, cubiertas de ciudades de diferentes colores; unas tienen sus casas revocadas de encarnado, otras de negro con una multitud de cúpulas azules que interrumpen aquellas tintas sombrías; entre cada dos cúpulas se lanzan grupos de verdura formados por los plátanos, las higueras y los cipreses de los huertecillos contiguos á cada casa. Unos grandes espacios vacios entre las casas, son campos cultivados y jardines donde se ve á las mugeres turcas cubiertas con sus velos negros, y jugando con sus hijos y sus esclavas á la sombra de los árboles; bandadas de tórtolas y de palomos blancos nadan en el aire azul en-

cima de esos jardines y de esos tejados, y se destacan, como flores blancas mecidas por el viento, del azul del mar que forma el fondo del horizonte. — Se distinguen las calles que serpentean bajando hácia el mar como barrancas, y mas abajo, el vaiven de la poblacion en los bazares que rodea un velo de leve y trasparente humo; estas ciudades ó estos arrabales de ciudad estan separados entre sí por promontorios de verdura coronados de palacios de madera pintados y de kioskos de todos colores, ó por hondas gargantas en que la mirada se pierde entre las raices de los collados, y desde donde se ve alzarse solamente las copas de los cipreses y las agudas y brillantes puntas de los minarettes; en llegando al mar, el ojo se estravía en su azul superficie, en medio de un laberinto de buques al ancla ó á la vela; los caiques, semejantes á aves acuáticas que nadan ora en grupos, ora aisladamente por el canal, se cruzan en todas direcciones, yendo de Europa á Asia, ó de Pera á la punta del serrallo. Algunos grandes navíos de guerra pasan á toda vela, desembocan del Bósforo, saludan al serrallo con sus andanadas, cuyo humo los envuelve un instante como unas alas grises, y doblan, pareciendo que los tocan, los altos cipreses y los anchos plátanos del jardin del Gran Señor, para entrar en el mar de Mármara. Otros

buques de guerra, de la armada del sultan, estan surtos en número de treinta ó cuarenta á la entrada del Bósforo; sus inmensas moles proyectan una sombra sobre las aguas por el lado de tierra; no se ven enteramente mas que cinco ó seis; la colina y los árboles ocultan una parte de los demas cuyos altos costados, cuyos palos y vergas, que parecen entrelazados con los cipreses, forman una calle circular que huye hácia el fondo del Bósforo. Allí, las montañas de la costa opuesta ó de la orilla de Asia forman el fondo del cuadro; se alzan mas enhiestas y verdes que las de Europa, coronadas de densos bosques que se deslizan por sus faldas; sus cimas, cultivadas como jardines, sostienen solitarios kioskos, galerías, aldeas, pequeñas mezquitas cercadas de arboledas: sus ensenadas están llenas de buques anclados, de caiques remeros, de barquillas con velas; la gran ciudad de Scútari se estiende á sus pies sobre una ancha margen, dominada por sus frondosas cimas y ceñida de su negro bosque de cipreses. Una hilera no interrumpida de caiques y de lanchas cargadas de soldados asiáticos, de caballos ó de Griegos cultivadores que van á llevar sus verduras á Constantinopla, se estiende entre Scútari y Galata, y se abre sin cesar para dar paso á otra hilera de buques mayores que desembocan del mar de Mármara.

Volviendo á la costa de Europa, pero del otro lado del canal del Cuerno de Oro, el primer objeto que encuentra la vista despues de haber atravesado la azul superficie del canal, es la punta del serrallo, que es el sitio mas magestuoso, ameno, magnífico y agreste juntamente que puede elegir un pintor. La punta del serrallo avanza como un promontorio, ó como un cabo llano entre estos mares, en frente del Asia; este promontorio, contando desde la punta del serrallo en el mar de Mármara, hasta el gran kiosko del sultan, enfrente de la escala de Pera, puede tener tres cuartos de legua de circunferencia: — es un triángulo cuya base es el palacio ó el serrallo mismo, cuya punta penetra en el mar, cuyo lado mas estenso da sobre el puerto interior ó canal de Constantinopla; desde el punto en que me hallo, se le domina todo entero: — es un bosque de árboles gigantescos cuyos troncos salen, como columnas, de las tapias y de los terrados del recinto, y estienden sus ramas sobre los kioskos, sobre las baterías y los buques del mar; estos bosques, de un color verde sombrío y barnizado, estan interpolados con hermosas praderas, florestas, barandas, escalinatas de piedra, cúpulas de oro ó de plomo, minaretes tan sutiles como los palos de los buques, y anchos cimborios de los palacios, de las mezquitas y de

los kioskos que rodean estos jardines, — vista parecida con corta diferencia á la que ofrece la campiña de Saint-Cloud desde las colinas de Meudon, — solo que estos sitios campestres están rodeados, por tres lados, por las cúpulas de las numerosas mezquitas y por un océano de casas y de calles que forman la verdadera Constantinopla ó la ciudad de Stambul. La mezquita de santa Sofia, el san Pedro de la Roma del Oriente, alza su macizo y gigantesco cimborio encima de las tapias del serrallo: santa Sofia es una informe colina de piedras acumuladas y coronadas por una media naranja que reluce al sol como un mar de plomo; mas lejos, las mezquitas mas modernas de Acmet, de Bayaceto, de Soliman, de Sultanié, se lanzan al cielo con sus minaretes interpolados con galerías morunas; cipreses tan corpulentos como los minaretes las acompañan, y contrastan por do quiera, con su negra hoja, con el resplandeciente brillo de los edificios; en la cima de la colina achatada de Stambul, se ven, entre las tapias de las casas y los minaretes, una ó dos colinas antiguas ennegrecidas por los incendios y bronceadas por el tiempo, que son algunos restos de la antigua Bizancio que se conservan en la plaza del Hipodro-

* Sitio real inmediato á Paris.

mo ó del Atmeidan; tambien allí se estienden las vastas líneas de varios palacios del Sultan ó de sus visires: el Divan, con su puerta que ha dado nombre al imperio, está en aquel grupo de edificios; mas arriba, destacándose sobre el ceruleo horizonte del cielo, una espléndida mezquita corona la colina y mira á los dos mares; su cúpula de oro, herida por los rayos del sol, parece que reverbera un incendio, y la transparencia de su cimborio y de sus paredes, coronadas de aereas galerías, le da la apariencia de un monumento de plata ó de porcelana; aqui acaba por este lado el horizonte, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos anchas colinas cubiertas sin interrupcion de mezquitas, de palacios, de casas revocadas, hasta el fondo del puerto, donde el mar disminuye insensiblemente de anchura, y se pierde á la vista bajo los árboles en el valle árca de las aguas dulces de Europa; si se vuelven los ojos al canal, se ve una multitud de mástiles agrupados en la orilla de la escala de los Muertos del arsenal, y bajo los bosques de cipreses que cubren las faldas de Constantinopla; se ve la torre de Gálata, construida por los Genoveses, salir como el palo mayor de un buque, de un océano de tejados, y blanquear entre Gálata y Pera, semejante á un pilar colosal entre dos ciudades, y el ojo vuelve á reposar en fin en las se-

renas aguas del Bósforo, incierto entre Europa y Asia. Tal es la parte material del cuadro, pero si se añaden á estos principales rasgos de que se compone el inmenso marco que le rodea y le hace resaltar del cielo y del mar, las negras líneas de las montañas de Asia, los bajos y vaporesos horizontes del golfo de Nicomedia, las crestas de las montañas del Olimpo de Brusa que aparecen detrás del serrallo mas allá del mar de Mármara, y que extienden sus vastas nieves como blancas nubes en el firmamento; si se agregan á este magestuoso conjunto la gracia y el color infinito de esos innumerables pormenores; si se representa uno en el pensamiento los variados efectos del cielo, del viento, de las horas del dia sobre el mar y sobre la ciudad; si ve uno las flotas de los buques mercantes desprenderse, como bandadas de ayes marinas, de la punta de los negros bosques del serrallo, tomar el medio del canal, é internarse lentamente en el Bósforo formando grupos siempre nuevos; si los rayos del sol en ocaso vienen á rasar las cimas de los árboles y de los minaretes, y á inflamar, como reverberaciones de un incendio, las rojas tapias de Scútari y de Stambul; si el viento que refresca ó se aplana alisa el mar de Mármara como un lago derretido, ó, rizando ligeramente las aguas del Bósforo parece que tiende sobre ellas

las resplandecientes mallas de una inmensa red de plata; si el humo de los barcos de vapor se alza y gira en medio de las grandes velas temblorosas de los navíos ó de las fragatas del sultan; si el cañonazo de la oracion retumba, en prolongados ecos, desde el puente de los buques de la armada hasta bajo los cipreses del campo de los Muertos; si los innumerables rumores de las siete ciudades, de los millares de embarcaciones se alzan en bocanadas de la tierra y del mar, y le llegan á uno, en alas de la brisa, hasta á lo alto de la columna donde se halla; si se considera que ese cielo es casi siempre tan profundo y tan puro; que esos mares y esos puertos naturales están siempre sosegados; que cada casa de esas largas riberas es una ensenada donde los buques pueden fondear en todos tiempos debajo de las ventanas, donde se construyen y se botan al agua navios de tres puentes bajo la sombra misma de los plátanos de la orilla; si se acuerda uno de que está en Constantinopla, en esta ciudad reina de Europa y Asia, en el punto precisamente adonde estas dos partes del mundo han venido, de cuando en cuando, á abrazarse ó á lidiar; si la noche le sorprende á uno en esta contemplacion de la que nunca se cansa la vista; si se encienden los faros de Gálata, del serrallo, de Scútari, y las luces de las altas popas de los navíos;

si las estrellas se van destacando poco á poco, una á una ó en grupos, del firmamento azul, y circundan las negras cumbres de la costa de Asia, las nevadas cimas del Olimpo, las islas de los Príncipes en el mar de Mármara, la sombría meseta del serrallo, las colinas de Stambul y los tres mares, como de una randa azul sembrada de perlas en que parece que nada toda esa naturaleza; si la claridad mas templada del firmamento adonde sube la luna naciente, deja bastante luz para ver las grandes masas de ese cuadro, borrando ó esfuminando los pormenores, tiene uno á todas las horas del dia y de la noche el mas magnífico y delicioso espectáculo que puede abarcar una mirada humana; — es una embriaguez de los ojos que se comunica al pensamiento, un deslumbramiento de la mirada y del alma; — es el espectáculo que disfruto todos los dias y todas las noches hace un mes.

El embajador de Francia me ha propuesto que le acompañe en la visita que todos los embajadores recién llegados tienen derecho á hacer á Santa Sofia, y á este fin me hallé esta mañana, á las ocho, en una puerta de Stambul que da sobre el mar, detras de las tapias del serrallo. Uno de los principales oficiales de Su Alteza nos aguardaba en la playa, y nos llevó primeramente á su casa

donde nos habia hecho disponer una colacion. Las habitaciones eran numerosas y estaban elegantemente adornadas, pero sin mas muebles que divanes y pipas: los primeros están contiguos á las ventanas que dan sobre el mar de Mármara. El almuerzo se sirvió á la europea; solo los manjares eran nacionales, y tan numerosos como esquisitos, pero todos nuevos para nosotros. Despues del almuerzo, las señoras fueron á ver á las mugeres del coronel turco, encerradas por aquel dia en una estancia inferior: el haren ó habitacion de las mugeres era la sala en que nos habian recibido. Todos llevábamos babuchas de taflete amarillo para ponérmolas en la mezquita, sin lo cual hubiéramos tenido que quitarnos las botas y andar descalzos. Entramos en el ante-patio de la mezquita de Santa Sofia, en medio de un piquete de guardias que nos abrian paso entre el gentío que habia acudido á vernos. Las caras de los osmanlis tenian una expresion de recelo y enojo, pues todos los buenos musulmanes miran la introduccion de los cristianos como una profanacion de sus santuarios. Apenas entramos cerraron la puerta de la mezquita.

La gran basílica de Santa Sofia, construida por Constantino, es uno de los mas grandes edificios que ha hecho salir de la tierra el genio de la re-

ligion cristiana; pero se conoce, por la barbarie del arte que ha presidido á la disposicion de aquella gran mole de piedra, que fué la obra de una época de corrupcion y de decadencia: — es el recuerdo confuso y grosero de un gusto que ya no existe; es el bosquejo informe de un arte que se está ensayando. Precede al templo un largo y ancho peristilo cubierto y cerrado como el de San Pedro de Roma: varias columnas de granito, de prodigiosa altura, pero encajadas en las tapias, separan este vestibulo del atrio. Una gran puerta se abre sobre el interior; el ámbito de la iglesia está decorado en sus costados con soberbias columnas de pórfido, de granito egipcio y de preciosos mármoles, pero estas columnas, de grueso, de proporcion y de órdenes diversos, son evidentemente restos sacados de otros templos, y colocados allí sin simetría y sin gusto, como una obra de bárbaros. Pilares gigantes, de mampostería vulgar, sostienen un cimborio aereo como el de San Pedro, y cuyo efecto es por lo menos igualmente majestuoso; este cimborio, cubierto en otro tiempo de mosaicos que formaban cuadros en la bóveda, se revocó cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofia para convertirla en mezquita. Algunas partes del baño de color están descascaradas y dejan traslucir la antigua decoracion cristiana. Al

rededor de la basilica, á la altura del arranque de la bóveda, se estienden galerías circulares, apoyadas en vastas tribunas. El aspecto del edificio es bello, espacioso, sombrío, sin ornatos; con sus rasgadas bóvedas y sus columnas bronceadas, semeja el interior de una colosal sepultura cuyas reliquias ha dispersado el tiempo: inspira el terror, el silencio, la meditacion sobre la inestabilidad de las obras del hombre que edifica para ideas que cree eternas, y cuyas ideas sucesivas, ya con un libro, ya con un sable en la mano, vienen cada cual á su vez á habitar ó á arruinar los monumentos. En su estado presente, Santa Sofia parece un gran almacen de Dios; allí están las columnas del templo de Efeso, allí las imágenes de los apóstoles con sus aureolas de oro en la bóveda, mirando las lámparas suspendidas del iman. Luego que salimos de Santa Sofia, fuimos á visitar las siete mezquitas principales de Constantinopla, todas menos grandiosas, pero infinitamente mas bellas. Se conoce que el mahometismo tenia su arte propio, su arte enteramente conforme con la luminosa sencillez de su idea, cuando erigió estos templos, sencillos, regulares, espléndidos, sin sombras para sus misterios, sin altares para sus víctimas. Estas mezquitas se parecen todas, salvo el tamaño y el color; precédenlas grandes patios ro-

deados de claustros donde están las escuelas y las viviendas de los imanes : soberbios árboles dan sombra á estos patios, y numerosas fuentes derraman en ellos el rumor y la voluptuosa frescura de sus aguas : en las cuatro esquinas de la mezquita se alzan, como aereos pilares, cuatro minaretes de primoroso trabajo ; pequeñas galerías circulares con un antepecho de piedra calado como encaje, rodean á diferentes alturas el cuerpo del minarete : — allí se coloca, en las diferentes horas del día, el muzlin que grita la hora y llama á la ciudad al pensamiento constante del mahometano, el pensamiento de Dios. Un pórtico por entre el cual se ven los jardines y los patios, y al que se sube por unos cuantos escalones, conduce á la puerta del templo. Este es un atrio cuadrado ó redondo, coronado por una cúpula sostenida por elegantes pilares ó hermosas columnas istriadas : un púlpito está apegado á uno de los pilares : forman el friso algunos versículos del koran escritos en la pared. Las paredes están pintadas de arabescos. De uno á otro pilar cruzan la mezquita unos alambres que sostienen una multitud de lámparas, de huevos de avestruz suspendidos, de manojos de espigas ó de flores : las losas del pavimento están cubiertas de esteras ó de ricas alfombras. El efecto es sencillo y grandioso : no es aquello un

templo donde mora un Dios ; es una casa de oracion y de contemplacion donde se reunen los hombres para adorar al Dios único y universal. Lo que se llama culto no existe en la religion : Mahoma predicó á unas tribus bárbaras en quienes los cultos ocultaban al Dios. Los ritos son sencillos ; una fiesta anual, abluciones y la oracion, en las cinco divisiones del día, á esto se reduce todo. Ningun dogma fuera de la creencia en un Dios creador y remunerador ; — las imágenes suprimidas por miedo de que tientes la flaca imaginacion humana, y conviertan el recuerdo en culpable adoracion : — ningun sacerdote, á lo menos, la facultad para todo fiel de hacer oficio de sacerdote : el cuerpo sacerdotal no se formó sino con el trascurso del tiempo y por corrupcion. Siempre que he entrado en las mezquitas, he hallado en ellas un corto número de Turcos acurrucados ó tendidos en las alfombras, y orando con todas las señales exteriores del fervor y de un completo arrobamiento.

En el patio de la mezquita de Bayaceto veo el sepulcro vacío de Constantino, que es un vaso de pórvido de prodigiosa magnitud, en el que cabrian veinte heroes. El trozo de pórvido es evidentemente de la época griega, y sin duda es tambien algun resto arrancado de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan sus tem-